

antes que la experiencia; pero despues de haber, como por acaso, columbrado la experiencia, inventaremos poco á poco el instrumento que ha de verificarla. Quiero que no sean tan justos y perfectos nuestros instrumentos, y que tengamos ideas mas exactas de lo que deben ser, y de las operaciones que de ellos tienen que resultar. Por primera leccion de estática, en vez de ir á buscar balanzas, atravieso un palo sobre el respaldo de una silla, mido la longitud de las dos partes del palo en equilibrio, por uno y otro lado pongo pesos diferentes, unas veces iguales, y otras desiguales; y tirando ó empujando el palo lo que fuere necesario, descubro al fin que resulta el equilibrio de la proporcion reciproca entre la cantidad de los pesos y la longitud de las palancas. Ya está mi pequeño físico apto para rectificar balanzas antes de haber visto ninguna.

Indudablemente se adquieren nociones mas claras y seguras de las cosas que aprende uno por sí propio, que de las que se saben por enseñanza de otro, y además de que no se acostumbra la razon á sujetarse ciegamente á la autoridad, se torna uno mas ingenioso para hallar relaciones, ligar ideas, inventar instrumentos, que cuando, adoptándolo todo como nos lo dan, dejamos que nuestro espíritu caiga en la desidia, como el cuerpo de un hombre que, siempre vestido, calzado, servido por sus criados, y arrastrado por sus caballos, pierde al cabo la fuerza para el uso de sus miembros. Alabábase Boileau de que habia enseñado á Racine á versificar con dificultad. Con tantos admirables métodos para abreviar el estudio de las ciencias, necesitaríamos quien nos diera uno para aprenderlas con trabajo.

La mas palpable utilidad de estas lentas y laboriosas investigaciones, es que en medio de los estudios especulativos, mantienen la actividad del cuerpo y la agilidad de los miembros, y sin cesar conforman las manos para las faenas y usos que aprovechan al hombre. Tanto instrumento inventado para que nos guien en nuestras experiencias, y suplan la exactitud de los sentidos, hacen que no nos cuidemos de ejercitar estos. El grafómetro nos ahorra que valuemos la magnitud

de los ángulos; los ojos que median con puntualidad las distancias, se fían de la cadena que las mide en vez de ellos; la romana exime de juzgar con la mano el peso que por ella se conoce. Cuanto mas ingeniosas son nuestras herramientas, mas torpes y rudos se tornan nuestros sentidos: y á puro amontonar máquinas en derredor, ninguna hallamos dentro de nosotros.

Mas cuando en fabricar estas máquinas gastamos la maña que la sustituia, cuando en hacerlas empleamos la sagacidad que necesitábamos para no usarlas, ganamos sin pérdida ninguna; agregamos el arte á la naturaleza, y sin ser menos mañosos, nos hacemos mas ingeniosos. En vez de sujetar á un niño encima de los libros, ocupándole en un obrador, trabajan sus manos en beneficio de su entendimiento: se hace filósofo, cuando piensa que no es mas que un operario. Finalmente, acarrea este ejercicio otras utilidades de que hablaré mas adelante; y veremos de qué modo es posible encumbrarse á las verdaderas funciones del hombre desde los juguetes de la filosofia.

Ya he dicho que no convienen á los niños, ni aun cuando rayan en la adolescencia, los conocimientos meramente especulativos; empero sin sumirlos en las honduras de la física sistemática, haced de modo que se liguén todas sus experiencias una á otra por algun género de deduccion; para que con auxilio de este encadenamiento las puedan colocar con órden en su espíritu, y acordarse de ellas cuando fuere necesario; porque es muy dificultoso que hechos y aun racionios aislados se queden mucho tiempo en la memoria, cuando falta asidero para traerlos á ella.

En la investigacion de las leyes de la naturaleza, empezad siempre por los fenómenos mas sensibles y mas comunes, y acostumbrad á vuestro alumno á que crea que estos fenómenos son hechos y no razones. Cojo una piedra, finjo que la dejo en el aire, abro la mano, y cae la piedra. Veo á Emilio muy atento, y le pregunto: ¿Por qué se ha caido esta piedra?

¿A qué niño le parará esta cuestion? A ninguno, ni aun á Emilio, si no he puesto mucho esmero en prepararle á que no sepa responder á ella. Dirán todos que



cae la piedra porque es pesada. ¿Y qué es lo pesado? Lo que cae. ¿Luego la piedra se cae porque se cae? Aquí se queda parado de veras mi pequeño filósofo. Esta será su primer lección de física sistemática; y ya sea que le aproveche ó no para esta ciencia, siempre será una lección de sano juicio.

Al paso que crece la inteligencia del niño, nos obligan otros motivos importantes á escoger con mas escrupulosidad sus ocupaciones. Luego que llega á conocerse á si propio lo bastante para entender en qué consiste su bien estar; luego que adquiere relaciones suficientes para conocer por ellas lo que le conviene y lo que no, ya entonces está en estado de conocer la diferencia que hay del trabajo á la diversion, y de mirar esta como un desahogo de aquel. Ya pueden formar parte de sus estudios objetos realmente útiles, y convencerse de que debe poner en ellos aplicacion mas constante que la que ponía en meros pasatiempos. Desde temprano enseña al hombre la ley de la necesidad, que cada instante renace, á que haga lo que no es de su agrado, para precaver lo que le seria mas penoso. Para esto sirve la prevision; y de esta prevision bien ó mal arreglada, nace la sabiduría y la miseria humana.

Todo hombre quiere ser feliz; mas para conseguirlo, debemos saber qué es la felicidad. Tan sencilla es la del hombre natural como su vida; se funda en no padecer: y la constituyen la salud, la libertad y lo necesario. Otra es la felicidad del hombre moral; empero aquí no tratamos de esta. Nunca repetiré lo bastante que solo los objetos meramente físicos pueden interesar á los niños; especialmente á los que no ha hecho despertar la vanidad, y de antemano no han sido extragados con la ponzoña de la opinion.

Cuando prevenen sus necesidades antes de sentirlas, ya está muy adelantada su inteligencia, y empiezan á conocer el valor del tiempo. Entonces importa acostumarlos á que encaminen su empleo á objetos útiles, pero de utilidad palpable para su edad y que alcancen sus luces. No se les debe presentar tan pronto todo aquello que tiene conexion con el orden moral y con el uso de la sociedad, porque no son capaces de entender-

lo. Necedad es exigir de ellos que se apliquen á cosas que vagamente les dicen son para su bien, sin que sepan qué bien es este, y que les aseguran les han de aprovechar cuando sean hombres, sin que ningun interés tengan por ahora en ese pretendido provecho que no pueden comprender.

Nada haga el niño porque se lo digan: solo es bueno para él lo que por tal reconoce. Si le lanzais siempre mas allá de sus luces, os figurais que teneis prevision, y os falta totalmente. Por armarle con algunos vanos instrumentos de que acaso no hará nunca uso, le quitais el instrumento mas universal del hombre, que es la sana razon: le acostumbrais á que siempre se deje guiar, á que nunca sea mas que una máquina en manos ajenas. Quereis que sea dócil cuando chico; eso es querer que sea crédulo y burlado cuando hombre. Sin cesar le decís: «Todo cuanto exijo de tí es en beneficio tuyo; pero no eres capaz de conocerlo. ¿Qué me importa á mí que lo hagas ó no? para tí solo te afanas». Con esas buenas razones que ahora le decís para que adquiera discrecion, le disponeis á que se deje alucinar un dia por las que le diga un iluso, un alquimista, un truhan, un pícaro ó un loco de cualquier género, para que caiga en sus lazos ó dé en su locura.

Importa que un hombre sepa muchas cosas cuya utilidad no puede comprender un niño, ¿pero es necesario ni posible que aprenda un niño todo cuanto importa que sepa el hombre? Procurad enseñar á un niño todo lo que es útil para su edad; y vereis que sobra con eso para llenar su tiempo. ¿Por qué quereis, en detrimento de los estudios que hoy día le convienen, aplicarle á los de una edad á que es incierto haya de llegar? Empero, me direis ¿será tiempo de aprender lo que debe saberse cuando llegue el caso de hacer uso de ello? No lo sé; pero si sé que no es posible aprenderlo antes, porque la experiencia y el sentimiento son nuestros verdaderos maestros, y nunca el hombre conoce lo que le conviene fuera de las relaciones en que él se ha encontrado. Sabe el niño que ha de llegar á ser hombre: todas las ideas que del estado de hombre puede formarse son para él motivos de instruccion; pero acerca



de las ideas de este estado, que exceden á su capacidad, debe permanecer en absoluta ignorancia. Todo mi libro no es mas que la prueba no interrumpida de este principio de educacion.

Desde el punto en que hemos conseguido dar á nuestro alumno una idea de la palabra *útil*, tenemos ya otro fuerte asidero para conducirlo; porque le hace mucha impresion esta voz, atendiendo á que para con él solo tiene un significado relativo á su edad, y ve claramente la relacion de ella con su actual bienestar. A vuestros hijos no les hace mella esta voz, porque no os habeis esmerado en darles una idea de ella, que no excediese á su capacidad, y porque encargándose otros de proporcionarles cuanto es útil, nunca necesitan pensar en ello, ni saben qué cosa sea la utilidad.

¿Para qué sirve eso? Está será en adelante la expresion sagrada, la expresion que entre él y yo ha de terminar todas las acciones de nuestra vida; la cuestion con que infaliblemente rebatiré yo todas las suyas, y que pondrá freno á esa multitud de necias y fastidiosas preguntas con que los niños fatigan sin fruto á cuantos tienen cerca, menos por sacar provecho, que por ejercitar en ellos algun género de imperio. Aquel á quien enseñan como la leccion mas importante, que nada quiera saber que no sea útil, pregunta como Sócrates, y no propone cuestion ninguna, sin darse primero á si propio la cuenta que antes de resolverla sabe que van á pedirle.

Ved qué poderoso instrumento os pongo en las manos para emplearle en vuestro alumno. Como no sabe la razon de nada, le teneis ya casi reducido á silencio cuando querais; y por el contrario, ¡qué ventaja sacareis de vuestros conocimientos y experiencias, para hacerle ver la utilidad de cuanto le propongais! Porque, no equivocaros, hacerle esta pregunta es enseñarle á que él tambien os la haga; y debeis contar con que para todo aquello que en adelante le propongais, no dejará de preguntaros á ejemplo vuestro: ¿para qué sirve eso?

Este es acaso el lazo que con mas dificultad evita un ayo. Si, á la cuestion del niño, procurando sola-

mente salir del pantano, dais una razon siquiera que no sea él capaz de entender, al ver que discurris segun vuestras ideas y no segun las suyas, creerá que lo que le decís sirve para vuestra edad, y no para la de él; cesará de fiarse de vos, y todo se ha perdido. ¿Cuál es empero el maestro que se quiera quedar corto, y confesar á su alumno que no tiene razon? Todos llevan por regla el no confesar sus yerros, aun cuando los cometan; yo al contrario, llevaria la de confesar aun los que no hubiese cometido, cuando no pudiera poner á su alcance mis razones: así, no desconfiando de mi conducta, nunca le seria sospechosa, y conservaria mas crédito con él, atribuyéndome culpas no cometidas, que el que logran los maestros ocultando las que realmente cometen.

Considerad lo primero, que rara vez debeis proponerle lo que él ha de aprender; á él toca desearlo, indagarlo, hallarlo; á vos ponerlo á su alcance, hacer con maña que nazca este deseo, y darle medios para que le satisfaga. De aquí se infiere que hayan de ser vuestras cuestiones poco frecuentes, pero selectas; y como él os propondrá muchas mas que vos á él, siempre estareis menos en descubierto, y con mas frecuencia en caso de decirle: ¿Para qué puede ser útil el saber lo que me preguntas?

Además, como importa poco que aprenda una cosa ú otra, con tal que conciba bien lo que aprende, cuando no podais darle acerca de lo que le decís una explicacion que sea buena para él, no le deis ninguna. Decidle sin rebozo: «No tengo respuesta buena que darte; no llevaba yo razon, dejemos eso.» Si era realmente inoportuna vuestra instruccion, no hay inconveniente ninguno en abandonarla totalmente; si no lo era, con un poco de esmero, en breve hallareis ocasion para hacer palpable su utilidad.

No me gustan las explicaciones con largos razonamientos: los niños atienden poco á ellas, y menos las retienen en la cabeza. Cosas, cosas. No me cansaré de repetir que damos mucho valor á las palabras; y con nuestra educacion parlanchina, parlanchines es lo que formamos.



Supongamos que mientras estoy estudiando con mi alumno el curso del sol y el modo de orientarse, me interrumpe de pronto preguntándome para qué sirve todo eso. ¡Qué elocuente razonamiento le voy á hacer! ¡Cómo me aprovecho de la ocasion de que aprenda una porcion de cosas en la respuesta á su cuestion, especialmente si hay quien se halle presente á nuestra conferencia! (1) Le hablaré de la utilidad de los viajes, de los beneficios que del comercio redundan, de las producciones peculiares de cada clima, de las varias costumbres de los pueblos, del uso del calendario, de la computacion del regreso de las estaciones para la agricultura, del arte de la navegacion, del modo de dirigirse en el mar y seguir con puntualidad su camino sin saber uno dónde está; mezclaré en mi explicacion la política, la historia natural, la astronomia y hasta la moral y el derecho de gentes; de modo que mi alumno conciba una alta idea de todas estas ciencias, y mucho deseo de aprenderlas. Cuando todo esto le haya dicho, habré hecho alarde de verdadero pedante, y él no habrá comprendido ni siquiera una palabra. Buenas ganas le quedarian de preguntarme como antes, para qué es bueno el orientarse; pero no se atreve, porque no me enfada: mas cuenta le tiene fingir que entiende lo que le han obligado que escuche. Así se hacen las brillantes educaciones.

Pero educado mas á lo patan nuestro Emilio, á quien con tanto trabajo hemos hecho de tan dura penetracion, nada de todo eso escucha. A la primer palabra que no entiende, se escapa, empieza á brincar por el cuarto, y me deja que perore solo. Busquemos solucion mas tosca, que mi aparato científico nada vale para él.

Observábamos la posicion del bosque al norte del Pardo, cuando me interrumpió con su impertinente cuestion: «¿Para qué sirve eso? Tienes razon, le dije, pensaremos en ello mas despacio, y si hallamos que

(1) Muchas veces he notado que en las doctas explicaciones que dan á los niños, no tanto se atiende á que escuchen ellos como las personas que se hallan presentes. Estoy muy cierto de lo que aquí digo, porque esta observacion la he hecho en mi propio

para nada sirve este estudio, nunca trataremos de él, pues no nos falta en qué entretener útilmente el tiempo.» Nos ocupamos en otra cosa, y no se vuelve á hablar de geografia en todo lo demás de la tarde.

Al dia siguiente, por la mañana, le propongo un paseo antes de almorzar: no desea él otra cosa; siempre están dispuestos los chicos para correr, y este tiene buenas piernas. Trepamos al bosque, atravesamos prados, nos extraviamos, no sabemos dónde nos hallamos; y tratándose de volver, no podemos dar con el camino. Pásase el tiempo, arrecia el calor, tenemos hambre; agujiamos, vamos vagando acá y allá, y solo encontramos bosques, barbechos y llanos, sin señal ninguna por donde podamos venir en conocimiento del sitio en que estamos. Bien sofocados, muy molidos y muy hambrientos, con todas nuestras carreras no hacemos otra cosa que descarriarnos mas y mas. Al fin nos sentamos á descansar y á deliberar. Emilio, que supongo yo educado como otro niño cualquiera, no delibera, que llora, y no sabe que estamos á las puertas del Pardo, y que solo un taller nos le esconde; pero para él este taller es una densa selva, porque un hombre de su estatura entre zarzas está como enterrado.

Despues de un rato de silencio, le digo con ademan inquieto: «Querido Emilio, ¿qué haremos para salir de aquí?»

EMILIO, *sudando, y llorando á lágrima viva.*

Yo no lo sé. Estoy cansado; tengo hambre y sed; no puedo mas.

JUAN JACOBO.

¿Crees que estoy yo en mejor estado? ¿Piensas que quedaria por llorar, si pudiera almorzar lágrimas? No se trata de llorar sino de conocer el sitio. Véamos tu reloj: ¿Qué hora es?

EMILIO.

Son las doce, y no me he desayunado

JUAN JACOBO.

Verdad es, las doce son, y no me he desayunado.



EMILIO.

EMILIO.

¡Oh, qué hambre debe V. tener!

JUAN JACOBO.

Lo malo es que la comida no me vendrá á buscar aquí. Son las doce: justamente la hora en que ayer observábamos desde el Pardo la posición del bosque. ¿Si pudiéramos observar del mismo modo desde el bosque la posición del Pardo...?

EMILIO.

Si; pero ayer veíamos el bosque, y desde aquí no vemos el pueblo.

JUAN JACOBO.

Ahí está el daño... Si pudiéramos sin verle encontrar su posición...

EMILIO.

¡Ah, querido amigo mio!

JUAN JACOBO.

¿No decíamos que estaba el bosque...?

EMILIO.

Al Norte del Pardo.

JUAN JACOBO.

¿Por consiguiente, el Pardo ha de estar...?

EMILIO.

Al Mediodía del bosque.

JUAN JACOBO.

Un medio tenemos para hallar el Norte á las doce del día.

EMILIO.

Si, por la dirección de la sombra.

JUAN JACOBO.

¿Pero y el Mediodía?

EMILIO.

¿Cómo lo haremos?

JUAN JACOBO.

El Mediodía es la parte opuesta del Norte.

EMILIO.

Verdad es; no hay mas que seguir la dirección contraria á la sombra. ¡Ah! este es el Mediodía, este es el Mediodía; seguro que hácia aquí está el Pardo; vamos hácia esta parte.

JUAN JACOBO.

Puede que tengas razón; tomemos esa senda que atraviesa el bosque.

EMILIO, dando palmadas, y un grito de alborozo.

¡Ah! ya veo el Pardo; ahí está frente á nosotros; todo él se ve. Vamos á almorzar, vamos á comer, corramos: para algo es buena la astronomía.

Si no dice esta última frase no dejará de pensarla, y nada importa, con tal que no sea yo quien la diga. Pero estad cierto de que no olvidará en su vida la lección de este día: en vez de que si no hubiera yo hecho mas que figurarle todo esto en su cuarto, al día siguiente no hubiera recordado palabra de mis razones. Es preciso hablar en cuanto sea dable con acciones; y decir solo lo que no se puede hacer.

No rebajaré al lector hasta el punto de presentarle un ejemplo de cada especie de estudios; pero de cualquier cosa que se trate, nunca puedo exhortar lo bastante al ayo á que mida bien su prueba con la capacidad del alumno; porque, vuelvo á repetirlo, no es lo malo que no entienda, sino que crea que entiende.

Acuérdome de que queriendo aficionar á un niño á la química, después de haberle enseñado varias precipitaciones metálicas, le explicaba cómo se hacia la tinta, diciendo que su color negro procedia de un hierro muy dividido, desprendido del vitriolo, y precipitado por un licor alcalino. En mitad de mi docta explicación,



me paró el traidorzuelo con mi cuestion que le habia enseñado, y me quedé atascado.

Habiéndolo pensado un rato, tomé mi determinacion. Envié á buscar vino á la bodega de la casa, y otro barato á la taberna. Puse en un frasquito disolucion de álcali fijo; luego, teniendo delante un vaso de cada uno los distintos vinos (1), le hablé así:

«Muchos géneros se falsifican para hacer que parezcan mejores de lo que son. Estas falsificaciones engañan la vista y el gusto; pero son perjudiciales, y con su hermosa apariencia hacen la cosa falsificada peor de lo que antes era.

»Se falsifican con especialidad las bebidas, y mas que todas los vinos: porque es mas difícil de conocer el engaño, y aprovecha mas al engañador.

»La falsificacion de los vinos ásperos ó acedos se hace con almártaga, que es una preparacion del plomo. Unido el plomo con los ácidos forma una sal muy dulce que corrige la aspereza del vino, pero que es veneno para los que le beben. Por tanto, es importante, antes de beber un vino sospechoso, saber si está ó no almartagado. Para descubrirlo, discurro yo de esta manera:

»El vino no solo contiene alcohol, como se vé por el aguardiente que de él se saca, sino que además contiene ácido, como se puede conocer por el vinagre y el tártaro que de él tambien salen.

»El ácido tiene afinidad con las sustancias metálicas, y uniéndose con ellas por disolucion, forma una sal compuesta, como el orin, por ejemplo, que no es otra cosa que un hierro disuelto por el ácido contenido en el aire ó en el agua, y tambien el cardenillo que es el cobre en disolucion por el vinagre.

»Empero este ácido tiene todavía mas afinidad con las sustancias alcalinas que con las metálicas; de suerte que interviniendo las primeras en las sales compuestas, se ve forzado el ácido á soltar el metal á que estaba unido, para combinarse con el álcali.

(1) Contribuye mucho á que el niño esté atento, un aparato fácil que preceda á la explicacion que le van á dar.

»Entonces desprendida la sustancia metálica del ácido en que estaba disuelta, se precipita, y pone turbio el licor.

»Así, si uno de estos dos vinos está almartagado, la almártaga la tiene disuelta el ácido; echando dentro un licor alcalino, forzaré este al ácido á que suelte su presa para combinarse con él; y el plomo que ya no quedará en disolucion se volverá á manifestar, enturbiará el licor, y al fin se precipitará en el fondo del vaso.

»Si no hay plomo (1), ni metal ninguno en el vino, se combinará pacíficamente el álcali con el ácido (2); quedará todo disuelto, y no habrá precipitado.»

A continuacion derramé sucesivamente gotas de mi licor alcalino en ambos vasos: el del vino de casa permaneció claro y diáfano, el otro se enturbió al instante; y al cabo de una hora vimos claramente el plomo precipitado en el fondo del vaso.

«Este es, continué, el vino natural y puro, que se puede beber, y este el falsificado, que es una ponzoña. Por los mismos conocimientos cuya utilidad me preguntabas, se descubre esto: el que sabe cómo se hace la tinta, tambien sabe conocer los vinos adulterados.»

Muy contento estaba yo con mi ejemplo, y sin embargo, noté que no le habia hecho impresion al niño. Necesité algun tiempo para ver que habia hecho yo una tontería; porque además de la imposibilidad de que un niño de doce años pudiera seguir mi explicacion, no cabia en su entendimiento la utilidad de esta experiencia; porque habiendo probado los dos vinos y gustándole ambos, no aplicaba idea ninguna á

(1) Los vinos que venden por menor los taberneros de París, aunque no todos están adulterados, rara vez dejan de tener plomo, porque los mostradores de las tabernas están guarnecidos de este metal, y el vino que se vierte de las medidas, pasando por el plomo y permaneciendo en él, disuelve siempre una parte. Extraño es que la policía consienta tan manifiesto y peligroso abuso. Pero es verdad que como los ricos no beben estos vinos, no es á ellos expuestos á morir envenenados.

(2) El ácido vegetal es muy dulce. Si fuera ácido mineral, y estuviera disuelto en menos liquido, se haria la combinacion con efervescencia.



la palabra *falsificación*, que tan bien creía yo haberle explicado. Tampoco las otras *perjudicial* y *ponzoña*, tenían para él significado alguno; y en este punto se hallaba en el mismo caso que el historiador del médico Filipo, que es el de todos los niños.

Las relaciones de los efectos con las causas, cuya conexión no vemos, los bienes y males de que no tenemos idea ninguna, las necesidades que nunca hemos sentido, son cosas nulas para nosotros: imposible es que nos inclinen á que hagamos nada que se refiera á ellas. De quince años mira uno la felicidad de un sábio, como de treinta la bienaventuranza de los predestinados. Quien no conciba bien una y otra, poco hará por ganarlas; y aun cuando las conciba, se afanará muy poco quien no las desee, ni crea que le convienen. Fácil es convencer á un niño de que es útil lo que quieren enseñarle; pero nada importa convencerle, si no logramos persuadirle. En balde hace la serena razón que aprobemos ó vituperemos; solo la pasión nos hace obrar; ¿y cómo nos hemos de apasionar por intereses que no son los nuestros todavía?

No mostreis nunca al niño nada que no alcance él á ver: mientras que casi es ajena de él la humanidad, y no podeis subirle al estado de hombre, bajad el hombre al estado de niño. Disponedle para lo que puede serle útil en otra edad, empero no le habléis de cosas cuya actual utilidad no vea. En cuanto á lo demás, no hagáis nunca comparaciones con otros niños; no tenga rivales ni contrincantes, ni aun para correr, así que empieza á discurrir; pues prefiero que nunca aprenda si ha de aprender por celos ó vanidad. Si señalaré cada año los progresos que haga; y los compararé con los que hiciere el año siguiente; le diré: «Tantos dedos has crecido; ese es el foso que saltabas, la carga que llevabas; hasta aquella distancia tirabas una piedra; ese espacio corrias sin descansar, etc.: véamos lo que ahora haces.» Así le excito sin darle celos de nadie. Se querrá vencer, y debe hacerlo: lo veo inconveniente ninguno en que sea émulo de sí propio.

Aborrezco los libros, porque solo enseñan á hablar de lo que uno no sabe. Dicen que grabó Hermes en co-

lumnas los elementos de las ciencias, para que no pudiera un diluvio borrar sus descubrimientos. Si los hubiera estampado bien en las cabezas de los hombres, la tradición los hubiera conservado. Los monumentos donde con caracteres mas duraderos se graban los conocimientos humanos, es en los cerebros bien dispuestos.

¿Acaso no habria modo de aproximar todas las lecciones desparramadas en tantos libros, de reunir las en un objeto comun, que pudiera ser fácil verle, interesante seguirle, y servir de estimulante, aun en esta edad? Si es posible inventar una situación en que de un modo sensible se manifiesten al espíritu de un niño las necesidades naturales del hombre, y con la misma facilidad se desenvuelvan sucesivamente los medios de remediar estas mismas necesidades, el primer ejercicio que se debe dar á su imaginación, es la pintura viva y natural de este estado.

¡Ardiente filósofo, ya veo que se inflama la vuestra! No os afaneis, que esta situación está hallada y descrita, y sin haceros agravio, mucho mejor que vos mismo la describiérais, á lo menos con mas sencillez y verdad. Puesto que absolutamente necesitamos libros, uno hay, que para mi gusto es el tratado mas feliz de educación natural. Este será el primer libro que lea mi Emilio; él solo compondrá por mucho tiempo toda su biblioteca, y siempre ocupará en ella un lugar distinguido. Será el texto al cual servirán de mero comentario todas nuestras conferencias acerca de las ciencias naturales, y el servirá de prueba del estado de nuestro discernimiento durante nuestros progresos; y mientras no se estrague nuestro gusto, siempre nos agradará su lectura. ¿Pues qué maravilloso libro es ese? ¿Es Aristóteles? ¿Es Plinio? ¿Es Buffon? No; que es Robinson Crousoe.

Robinson Crousoe, solo en su isla, privado del auxilio de sus semejantes; y de los instrumentos de todas las artes, procurándose no obstante, su alimento y conservación, y logrando hasta una especie de bienestar, es un objeto que á cualquiera edad interesa, y que hay mil medios de hacerle grato á los niños. Así realizamos la isla desierta que al principio me sirvió de comparación. Convengo en que no es el estado del hombre so-



cial, ni es verosímil que haya de ser el de Emilio; empero por este estado debe apreciar todos los demás. El medio más cierto de colocarse en esfera superior á las preocupaciones, y coordinar sus juicios según las verdaderas relaciones de las cosas, es suponerse un hombre aislado, y juzgar de todo como debe juzgar este mismo hombre con relación á su propia utilidad.

Libre esta novela de todo su fárrago, empezándola por el naufragio de Robinson cerca de su isla, y concluyéndola con el arribo del navio que viene á sacarle de ella, será en junto la diversion y la instruccion de Emilio durante la época de que aquí tratamos. Quiero que pierda la cabeza ocupándose sin cesar en su fortaleza, en sus cabras, en sus plantíos; que aprenda circunstanciadamente, no en libros sino en las cosas, todo cuanto en caso semejante ha de saberse; que se figure que él mismo es Robinson; que se contemple vestido de pieles, con una disforme gorra, un enorme sable, y todo el extrabótico atavío de la figura, menos el quitasol que no necesita. Quiero que le afanen las medidas que hubiera de tomar si llegase á faltarle esto ó lo otro; que examine la conducta de su héroe; que averigüe si este no ha omitido nada, si no podia hacer cosa mejor, que note con atencion sus yerros, y los aproveche para no incurrir en ellos en igual caso: porque no dudeis de que formará el proyecto de ir á hacer un establecimiento semejante; que é tas son las torres de viento de esta venturosa edad, en que no se conoce otra dicha que lo necesario y la libertad.

¡Qué de recursos ofrece esta locura á un hombre hábil, que solo se la ha sujerido para aprovecharse de ella! Ansioso el niño por formar un almacén para su isla, aprenderá con más ardor que pueda enseñarle el maestro. Todo cuanto es útil querrá saberlo, y no querrá saber otra cosa: ya no necesitareis guiarle, que os vereis precisados á contenerle. Empero démonos prisa á establecerle en esta isla, mientras que á ella ciñe su felicidad; porque se va acercando el día en que si todavía quiere vivir en ella, no querrá vivir solo; y el salvaje compañero de Robinson, Domingo, que ya ahora le interesa poco, no pueda bastarle.

La práctica de las artes naturales, para las cuales puede ser suficiente un hombre solo, conduce á la investigacion de las artes industriales, que necesitan del concurso de muchos. Salvajes y solitarios pueden ejercitar las primeras; las otras solo pueden nacer en la sociedad, y la hacen indispensable. Mientras únicamente se conoce la necesidad física, cada hombre se basta á sí propio; la introduccion de lo supérfluo precisa á dividir y distribuir el trabajo, porque si bien es verdad que un hombre que trabaja solo no gana más que la subsistencia de un hombre, ciento que trabajen de acuerdo ganarán para que subsistan doscientos. Por tanto, si una parte de los hombres vive sin trabajar, es necesario que el concurso de brazos de los que trabajan supla por la ociosidad de aquellos.

Debeis poner el mayor esmero en apartar del espíritu de vuestro alumno todas las nociones de las relaciones sociales que excedan de su capacidad; pero cuando por el encadenamiento de sus conocimientos os veais precisados á manifestarle la dependencia reciproca de los hombres, en vez de mostrársela por su aspecto moral, llamad primero toda su atencion hácia la industria y las artes mecánicas, que hacen que sean útiles unos á otros. Paseadle de obrador en obrador, y no consintais nunca que vea operacion ninguna sin poner él manos á la obra; ni que salga del taller sin saber á fondo la razon de cuanto en él se hace, ó á lo menos de cuanto haya observado. Para esto trabajad vos mismo, dadle ejemplo: para que él se haga maestro, haceos aprendiz, y estad cierto de que más aprenderá con una hora de trabajo, que con un día de explicaciones.

La estimacion pública se aplica á las diversas artes en razon inversa de su utilidad real. Mídese directamente esta estimacion por su misma inutilidad, y debe ser así. Las artes más útiles son las que menos ganan, porque se proporciona el número de operarios con la necesidad de los hombres, y porque el trabajo necesario para todo el mundo permanece forzosamente á un precio que puede pagar el pobre. Por el contrario, esos que no se llaman artesanos, sino artistas, como trabajan únicamente para los ociosos y los ricos, ponen á sus



bujerías precio arbitrario; y consistiendo solo en la opinión el mérito de estos vanos artefactos, hasta su subido precio es parte de él, y se estiman en proporcion de de lo que cuestan. No es debido á su uso el caso que de ellos hacen los ricos, sino á que no puede pagarlos el pobre. *Nolo habere bona, nisi quibus populus inviderit* (1).

¿Qué será de vuestros alumnos si les dejais que adopten esta necia preocupacion, si vos mismo la favoreceis, si ven, por ejemplo, que entraís con mas atenciones en la tienda de un platero que en la de un cerajero? ¿Qué juicio han de formar del verdadero mérito de las artes, y del valor exacto de las cosas, si en todas partes ven el precio de capricho en contradiccion con el que resulta de la utilidad real, y que cuanto mas cuesta una cosa, menos vale? En cuanto dejeis que se introduzcan estas ideas en su cabeza, abandonad lo restante de su educacion; mal que os pese, serán educados como todo el mundo, y habreis perdido catorce años de afanes.

Emilio, que piensa en amueblar su isla, tiene otro modo de ver. Mucho mas aprecio hubiera hecho Robinson de la tienda de un herrero que de todos los dijes de un diamantista: el primero le hubiera parecido un hombre muy respetable, no así el segundo.

«Mi hijo está destinado á vivir en el mundo, y no ha de vivir con sábios, sino con locos: así es necesario que conozca sus locuras, una vez que los hombres quieren ser por ellas conducidos. Bueno puede ser el conocimiento real de las cosas, pero mas vale todavía el de los hombres y sus juicios: porque siendo en la sociedad humana el hombre el mayor instrumento del hombre, el mas sábio es el que mejor se vale de este instrumento. ¿Qué sirve dar á los niños idea de un órden imaginario opuesto en todo al que han de hallar establecido, y por el cual será fuerza que se arreglen? Dadles primero lecciones para que sean sábios, y luego se las dareis para que conozcan en qué son locos los demás.»

Conformándose con estas especiosas máximas, se

(1) No quiero poseer bienes que no tenga que envidiármelos el pueblo.—PETRON.

afana la falsa prudencia de los padres en hacer esclavos á sus hijos de las preocupaciones en que los mantienen, y la irrisión de la turba insensata, cuando piensan que la hacen instrumento de las pasiones de ellos. ¡Cuántas cosas es necesario conocer antes de conseguir conocer al hombre! El hombre es el postrer estudio del sábio, ¡y pretendéis que sea el primero de un niño! Antes de instruirle en nuestro modo de sentir, enseñadle primero á que le aprecie. ¿Es conocer una locura el reputarla á razon? Para ser sábio es preciso discernir lo que no es conforme con la sabiduria. ¿Cómo ha de conocer vuestro hijo á los hombres, si no sabe juzgar sus juicios, ni distinguir sus errores? Es malo saber lo que aquellos piensan, ignorando si en su pensar aciertan ó yerran. Por tanto, enseñadle primero lo que son las cosas en sí mismas, y luego le enseñareis lo que son á nuestra vista; así sabrá comparar la opinión con la verdad, y elevarse sobre la esfera del vulgo, porque no conoce las preocupaciones quien las adopta, ni conduce al pueblo el que se le parece. Empero si empezais instruyéndole en la opinión pública, antes de enseñarle á que la estime en lo que vale, estad cierto de que por mucho que os afaneis la hará suya, y nunca la estirpareis en él. De aquí colijo que para lograr tenga razon sana, es preciso formar bien sus juicios, en vez de dictarle los nuestros.

Bien veis que hasta aquí no he hablado de los hombres á mi alumno, que hubiera tenido razon sobrada para entenderme; aun no son para él bastante palpables sus relaciones con su especie, para juzgar por sí de los demás. No conoce otro ser humano que á sí propio, y está aun muy lejos de conocerse; pero si forma pocos juicios acerca de su persona, á lo menos son justos. No sabe cuál es el puesto de los demás; pero ve el suyo, y se tiene firme en él. En vez de las leyes sociales que no puede conocer, le hemos aprisionado con las cadenas de la necesidad. Todavía casi no es mas que un ser fisico; sigamos tratándole como tal.

Debe apreciar todos los cuerpos de la naturaleza y todos los oficios de los hombres, por la relacion sensible que tienen con su utilidad, seguridad, conserva-



ción y bienestar. El hierro debe ser á sus ojos mucho mas apreciable que el oro, y el vidrio mas que el diamante: del mismo modo estima mas á un albañil ó á un zapatero que á todos los diamantistas de Europa; particularmente un pastelero es para él sujeto importantísimo y daría toda la Academia de la historia por un confitero. Los plateros, los grabadores, los doradores y los bordadores, son en su dictámen unos haraganes que pasan el tiempo en juegos absolutamente inútiles; y tampoco hace mucho caso de la relojería. El venturoso niño disfruta del tiempo sin ser su esclavo, le aprovecha y no sabe lo que vale; la calma de las pasiones que le hace siempre igual su sucesión, le sirve de instrumento para medirle cuando lo necesita (1). Cuando supuse que tenía un reloj, y le hice llorar, me fingía un Emilio vulgar para ser útil y que me entendiesen; porque en cuanto al verdadero, niño tan distinto de los demás, para nada serviría de ejemplo.

Otro orden hay no menos natural y mas conforme á razon todavía, en virtud del cual se consideran las artes segun las relaciones de necesidad que las estrechan, colocando en primer lugar las mas independientes, y en el postrero las que penden de mayor número de otras. Este orden que presenta importantes consideraciones acerca del de la sociedad general, es parecido al anterior, y sujeto al mismo trastorno en la estimación de los hombres; de suerte que se emplean las materias primeras en oficios que no dan honra, ni casi provecho, y que cuanto mas manos han mudado, mas honra tiene y crece el valor de la mano de obra. No examino aquí si es cierto que sea mayor la industria, y merezca mas recompensa en las minuciosas artes que dan á estas materias la última forma, que en el primer trabajo que las convierte en usuales á los hombres; digo solo que en cada cosa, el arte cuyo uso es mas general y mas indispensable, es sin disputa el que mas estimacion merece; y que la industria que menos

(1) La medida del tiempo se pierde, cuando nuestras pasiones quieren arreglar el curso de este á su antojo. El reloj del sábio es la serenidad de carácter, y poseer siempre la paz del ánimo.

artes auxiliares necesita, tambien es acreedora á mas aprecio que las que emplean muchas, porque es mas libre y mas independiente. Tales son las verdaderas reglas de la valuacion de las artes y la industria; todo lo demás es arbitrario y pende de la opinion.

La primera y mas respetable de todas las artes es la agricultura; en segundo lugar colocara yo la herrería: la carpintería en tercero, etc. El niño á quien no hayan seducido las preocupaciones vulgares, precisamente pensará así. ¡Cuántas importantes reflexiones sacará nuestro Emilio sobre este punto de su Robinson! ¿Qué pensará cuando vea que solo subdiviéndose, y multiplicando hasta lo infinito los instrumentos de unas y otras, se perfeccionan las artes? Dirá: ¡Qué neciamente ingeniosas son todas esas gentes! Parece que tienen miedo de que les sirvan para algo sus dedos y sus brazos, segun la multitud de instrumentos que inventan para no usarlos. Para ejercitar un arte sola, se han sujetado á otras mil; y cada artifice necesita una ciudad entera. En cuanto á mi camarada y yo, nuestro ingenio le empleamos en nuestra maña, y nos hacemos herramientas que á todas partes podamos llevar. Todos esos sujetos tan ufanos con su talento en una capital, nada sabrian en nuestra isla, y serian á su vez aprendices nuestros.

Lectores, no os fijeis solo en el ejercicio del cuerpo y la habilidad de manos de nuestro alumno: contemplad sobre todo la direccion que damos á su pueril curiosidad; contemplad qué cabeza le vamos formando. En cuanto vea, en cuanto haga, lo querrá conocer todo, y saber la razon de ello; de un instrumento en otro siempre querrá subir al primero; nada admitirá por suposición; se negaría á aprender lo que requiriese un conocimiento anterior que no tuviese: si ve hacer un muelle, querrá saber cómo se sacó el acero de la mina; si ve juntar las piezas de un arca, querrá saber cómo se cortó el árbol; si trabaja él, á cada herramienta que maneje no dejará de decirse: «Si no tuviese yo esta herramienta, cómo haría para fabricar una semejante, ó para no necesitarla?»

Empero un error que no es fácil evitar en las ocu-